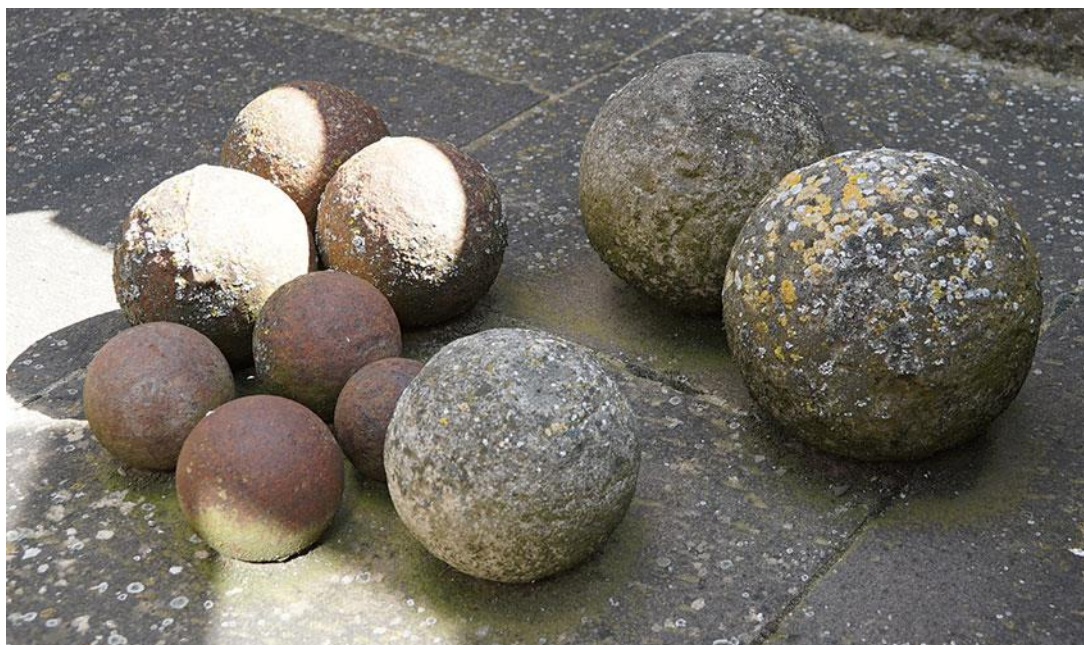


La conmemoración paradójica de una herida

Javier Melloni, SJ

Cova Sant Ignasi - Manresa, España

02 Junio 2021¹



Es extraño que celebremos el quinto centenario de una herida, el 500º aniversario de un paro abrupto e indeseado. ¿Cómo celebrar una derrota, un fracaso, un dolor? Nuestra historia comienza con esta confusión. ¿A dónde nos lleva esta lesión? ¿Dónde nos han herido o dónde todavía hay que traspasarnos para acercarnos al estancamiento que vivió Ignacio primero en Loyola y luego en Manresa?

Una bala de cañón fue el medio divino para su conversión. Cada uno de nosotros también ha sostenido ese bombardeo al menos una vez en la vida, o tantas veces como ha sido necesario para redirigirnos, para recordarnos que estábamos distraídos. Ese bombazo ha sido contundente y esa herida ha sido profunda, proporcional a nuestra distracción o desorientación.

¹ Tomado de <https://jesuitas.es/es/actualidad/600-la-conmemoracion-paradojica-de-una-herida>

¿No es esto similar a lo que también ha sucedido en nuestra biografía colectiva con la pandemia? Qué poderosa adversidad ha podido detenernos y desafiarnos, similar al golpe que sufrió el soldado Iñigo, aproximadamente en su treintena, tiempo suficiente para haber recorrido territorios erráticos y luego tiempo suficiente para poder rectificar la situación y partir en ¿la dirección correcta? ¿No es este nuestro momento? ¿No es esta nuestra oportunidad?

¿Dejaremos pasar la celebración de este quinto centenario como mera nostalgia o con una liturgia cosmética, o seremos capaces de identificar nuestras propias heridas, las de cada uno de nosotros, y también la colectiva, que la pandemia hizo aún más evidente? - ¿Y convertirlo en una oportunidad para una metanoia, una transformación de la mente y el corazón, que nos hará más capaces de responder a la voz de Dios?

¿Podremos cambiar nuestra falsa identidad para convertirnos en peregrinos, cojos para siempre como Ignacio, marca del movimiento de la gracia a través de nuestra vulnerabilidad, y también como Jacob, que caminaba herido desde entonces después de su combate con el ángel? En ese combate, Jacob, que luego se convertiría en Israel, dejó de ser un adolescente fugitivo y se convirtió en un ser humano capaz de enfrentar los conflictos que tenía ante sí. También Ignacio dejó de ser un joven ambicioso y errático en busca de su propia gloria y se puso en marcha en busca de su Señor y de su Reino.

En el lecho de la convalecencia -personal y colectiva- en el que nos encontramos, ¿seremos capaces de distinguir nuestras fantasías de la verdadera llamada para la que nacimos y que tenemos que escuchar juntos? ¿Seremos capaces de distinguir las satisfacciones que nos embriagan de las llamadas que nos desvinculan y nos ponen en camino?

Cuando hayamos puesto en marcha la marcha hacia nuestra Jerusalén, ¿estaremos preparados para detenernos tantas veces como sea necesario, como hizo Ignacio en Manresa, y descender a nuestros propios infiernos, a nuestras propias sombras, para deshacernos de todos los escombros que tenemos?

¿Estamos realmente dispuestos a ver todas las cosas nuevas? ¿Permitiremos que una Luz entre por esa herida que nos ciega a lo que ya sabemos para recibir una comprensión de Dios, del mundo y de nosotros mismos que aún no conocemos?

Si es así, esa herida se habrá hecho fecunda en nosotros y habrá tenido sentido celebrar este quinto centenario, que corre el riesgo de desmantelarnos como lo hizo el hijo menor de la familia Loyola. Preparémonos para ponernos en una nueva dirección, no la que elijamos, sino la que se manifiesta cuando, escuchando, llegamos a discernir la Voz de Dios.

¿No es esta la oportunidad que también tenemos a nivel planetario cuando experimentamos nuestra vulnerabilidad colectiva?